

Paz, *Plural* y el mundo

La revista Plural (1971-1976), dirigida por Octavio Paz, fue una publicación hecha en México y volcada hacia el mundo. En sus páginas, el concepto de cultura reclamó su más amplio sentido. En este texto, John King analiza cómo la revista le tomó el pulso a los acontecimientos políticos del momento, como el Caso Padilla, el golpe militar en Chile y el testimonio de Solzhenitsin.

Los comentarios de *Plural* sobre asuntos internacionales deben considerarse dentro del contexto de la vigorosa política exterior del régimen de Echeverría. El politólogo Mario Ojeda resumió la política exterior de Echeverría en el número de julio de 1973: “El acercamiento al gobierno socialista chileno de Salvador Allende, el descongelamiento de las relaciones con Cuba y las recientes visitas del presidente Echeverría a Moscú y Pekín: [esta] política exterior más independiente tiende a legitimar al régimen frente a las críticas de sus opositores de izquierda”. Dicha política exterior se consideraba audaz en ese entonces, pues generó dificultades diplomáticas con Estados Unidos. El hecho de que México reconociera a Cuba diplomáticamente y permitiera vuelos regulares a la isla, en oposición directa al embargo y al bloqueo estadounidenses, era motivo de orgullo nacional para muchos mexicanos. Antes de ampliar el debate, examinemos

con mayor detalle el punto de vista de *Plural* sobre dos países: Cuba y Chile.

Cuba se convirtió en una especie de piedra de toque para los intelectuales latinoamericanos, en especial tras el caso Padilla. La desilusión con Cuba fue algo gradual, a pesar de la vehemencia de los comentarios en el debate sobre Padilla. Tampoco se trataba de una situación en que las diferencias políticas en torno a Cuba, y otros asuntos, fueran necesariamente a destruir amistades de larga data. Quizás el más notorio defensor de Cuba y muchas otras causas radicales fuera Julio Cortázar y, sin embargo, siguió colaborando con *Plural*. Sus recuerdos de una amistad con Paz podían extenderse a veinte años atrás y a diferentes lugares del mundo. En una carta a Paz, fechada el 25 de octubre de 1973, Cortázar pasaba de la inmediatez de la acción política en Chile y su novela, *Libro de Manuel*, sobre células de guerrilla en Argentina, a un mundo menos temporal de recuerdos y placer: “Finalmente leí el diario de viaje de Basho, junto con tu hermoso comentario, y fue como volver a estar contigo y Marie-José en el precioso jardín de tu casa en Delhi, hablando de poesía y respirando los perfumes del aire nocturno. ¿Recuerdas la vez que tuvimos una especie de

haiku improvisado y nos divertimos tanto? Siempre te sigo de cerca, hasta donde puedo, leo tus hermosos poemas en *Plural* y recuerdo todo lo que me enseñaste en la India y recuerdo nuestros acuerdos y desacuerdos, ambos igual de estimulantes” (Cortázar a Paz, París, 25 de octubre de 1973).

No todos compartían la actitud abierta de Cortázar ante la diferencia y la disensión. Cuba era un tema muy delicado. Incluso Paz, en una carta a Tomás Segovia fechada el 16 de noviembre de 1971, cuando la revista se comenzó a publicar, reconoció que uno debía “ganarse el derecho de criticar a Cuba”. Claramente, Paz estaba molesto por algo que consideraba una forma de autocensura. En esta carta expresa preocupación sobre “nuestra” actitud ante Cuba y no está seguro de si hace bien al no criticar, no sólo la política cultural del régimen, que consideraba “monstruosa”, sino también el desastroso estado de la economía y la progresiva militarización del país: “De cualquier forma, como lo he dicho muchas veces, Castro es un caudillo al estilo español. Pero quizás no sea apropiado mencionar este tema en los primeros números”. Paz pensaba que podía ganarse este derecho a criticar al régimen criticando primero a otros regímenes latinoamericanos, comenzando por México (Paz a Segovia, 16 de noviembre de 1971). La respuesta de Segovia a estas deliberaciones, el 12 de enero de 1972, hace eco de su análisis: Segovia argumenta que no deberían comenzar a criticar a Cuba “sin antes haber mostrado interés y amor por el país. No sé cómo lo haremos, pero no creo que sea imposible”. En una correspondencia entre Paz y Segovia, fechada los días 10 y 13 de febrero de 1972, hay una discusión sobre si debían refutar unas declaraciones hechas en *Excelsior* por el crítico cubano Roberto Fernández Retamar, pero el tema no vuelve a aparecer.

Aunque la revista nunca buscó aplicar la “solución” de Segovia, Paz, en lugar de dirigir su crítica directamente contra Cuba, se inclinó a incorporarla en un principio en su denuncia de la política soviética, en especial en lo tocante al tema del Gulag. En un artículo sobre el encarcelamiento de disidentes en las instituciones mentales soviéticas, el famoso escritor y periodista estadounidense del *New York Times*, I. F. Stone, hace un vínculo explícito entre Cuba y la Unión Soviética. Stone argumenta que “muchas de las características del estalinismo reaparecen en la China de Mao y en la Cuba de Castro”. Dos años más tarde, *Plural* publicó un número especial dedicado a Solzhenitsin que contenía el análisis de Paz sobre el sistema soviético, junto con artículos de Irving Howe y Roy Medvedev. Paz comienza su artículo recordando un informe que había escrito veinte años antes sobre la denuncia de David Rousset de los campos de concentración en la Unión Soviética (publicado en *Sur* en marzo de 1951). Paz señala que en este informe cayó en la trampa de sostener que los campos eran una mancha en el sistema soviético, y no una parte inherente del mismo. Ahora ya sabía que los campos eran una institución de “terror preventivo”, parte integral del sistema. Ya en los años cincuenta, los lla-

mados intelectuales “progresistas” lo habían censurado cuando expresó esta denuncia. La campaña en su contra, agrega, aún estaba vigente: “Los adjetivos cambian, no el vituperio: he sido sucesivamente cosmopolita, formalista, trotskista, agente de la CIA, ‘intelectual liberal’ y hasta ¡estructuralista al servicio de la burguesía!”. Aquí, Paz comienza por defender a Solzhenitsin y su libro *Archipiélago Gulag* en contra de la campaña de difamación en la Unión Soviética y el extranjero. Si bien no está de acuerdo con muchas de las ideas de Solzhenitsin –después de todo, era un católico ortodoxo y firme nacionalista–, Paz aplaude su integridad moral y siente una afinidad moral, y no tanto “intelectual”, con el escritor soviético. Esto conduce a un breve análisis del desarrollo del marxismo-leninismo y a la conclusión de que el partido leninista de revolucionarios profesionales “siempre se convierte en una casta en cuanto llega al poder”. Los partidos revolucionarios se convierten en burocracias despiadadas. “El fenómeno se ha repetido en todas partes: dictaduras del Partido comunista sobre la sociedad, dictadura del Comité Central sobre el Partido comunista, dictadura del César revolucionario sobre el Comité Central. El César se puede llamar Bejnev, Mao o Fidel: el proceso es el mismo”.

A decir de Paz, rechazar este sistema no implica justificar el imperialismo estadounidense, el racismo, las bombas atómicas o la indiferencia ante las injusticias del sistema capitalista, aunque nunca dedicó mucho tiempo a explorar la naturaleza de dicho imperialismo. O algo más cercano: “Lo que pasa entre nosotros es injustificable, trátase de la prisión de Onetti, los asesinatos de Chile o las torturas de Brasil. Pero tampoco es posible cerrar los ojos ante la suerte de los disidentes rusos, checos, chinos o cubanos”. Paz retomaría el tema de Solzhenitsin en *Plural* de diciembre de 1975, reiterando muchos de los mismos puntos y reafirmando su apoyo al tiempo que denunciaba a los rusos por su desconocimiento de los asuntos internacionales no relacionados con la división del poder entre Estados Unidos y la URSS. Paz también intentó organizar una encuesta de opinión entre escritores un par de meses antes de que se publicara el número especial de 1974, bajo el título de “Los escritores hispanoamericanos y el represivo sistema soviético”. El texto de la encuesta se halla en el archivo de *Plural* del 2 de enero de 1974 y forma parte de una carta a Kazuya Sakai. El preámbulo da por hecho que nadie puede permanecer indiferente ante el libro de Solzhenitsin y plantea tres preguntas: ¿es el sistema represivo descrito por Solzhenitsin una parte integral del sistema soviético o una deformación?; ¿el sistema represivo es inherente al leninismo marxista o es sólo una característica rusa?; ¿es posible distinguir entre los sistemas de represión soviético y nazi? Paz quería que este cuestionario se enviara a los principales escritores latinoamericanos y a un grupo de intelectuales mexicanos.

El cuestionario nunca fue enviado y una carta de Sakai a Paz, fechada el 8 de enero de 1974, deja claro que tanto Sakai

John King

como otros empleados de *Excelsior* (incluido Pedro Álvarez del Villar) se opusieron a la encuesta y tuvieron una encendida discusión telefónica con Paz desde Cambridge (Massachusetts). En su carta, Sakai se disculpa, pero también justifica su oposición a enviar un cuestionario sobre un libro antes de que éste fuera publicado en su totalidad y en un lenguaje diferente del ruso. También queda claro que la redacción de las preguntas le parecía a Sakai demasiado provocadora para el clima político de ese momento. Escribe que no busca proteger a Paz de los ataques, pero que está consciente de “la opinión pública que se está formando en torno a *Plural* y a ti. En realidad no me importa si es buena o mala, mientras no aumentemos innecesariamente el número de nuestros enemigos” (Sakai a Paz, México, 8 de enero de 1974). Por alguna razón, Paz aceptó su derrota en este asunto, pero una nota escrita a mano en el margen de la carta de Sakai muestra lo que realmente pensaba al respecto. (Dado que mi copia es una fotocopia que me dio Paz, no estoy seguro de si escribió este comentario en el margen para mi beneficio o después del suceso, para la posteridad.) La nota dice que la carta “se refiere a un Cuestionario (que no se envió —para desgracia o vergüenza de quienes se opusieron a él)”. Tampoco he podido establecer si Paz escribió el artículo citado más arriba (marzo de 1974) antes o después de la debacle del cuestionario. Si lo escribió después —el artículo realmente responde a todas las preguntas planteadas en la encuesta y en la correspondencia no hay ninguna alusión a que Paz haya escrito un artículo antes de enero—, entonces fue un buen modo de burlarse de quienes le aconsejaron prudencia.

Si bien el cuerpo principal de la revista no contiene artículos que critiquen abiertamente a Cuba, su cuestionamiento del régimen y su defensa del derecho a la disidencia se ven reflejados en la publicación de ensayos escritos por algunas de las principales voces disidentes, como Guillermo Cabrera Infante (y también el menos abiertamente político Severo Sarduy). La revista también contiene reseñas de libros “disidentes”. Mario Vargas Llosa y Emir Rodríguez Monegal reseñaron *Persona non grata*, el relato del escritor chileno Jorge Edwards sobre su estancia en Cuba como miembro del servicio diplomático durante el periodo que llevó al caso Padilla. El artículo de Vargas Llosa es particularmente interesante porque podemos medir con cierta precisión su entonces gradual desencanto con Cuba. En primer lugar, Vargas Llosa argumenta que Edwards tiene credenciales impecables de izquierda —durante mucho tiempo apoyó la revolución cubana y Salvador Allende lo eligió personalmente para representar en Cuba al recién elegido gobierno de Unidad Popular— y que fue muy valiente al romper “un tabú sacrosanto

en América Latina para un intelectual de izquierda: el de que la Revolución Cubana es intocable, y no puede ser criticada en alta voz sin que quien lo haga se convierta automáticamente en cómplice de la reacción”. Vargas Llosa sostiene —una lectura quizás más afín a él mismo que al texto de Edwards— que las críticas de Edwards provienen de su “apoyo” a la revolución y al socialismo, así como de los beneficios que le han reportado a Cuba, los cuales “son mucho mayores que los perjuicios” (p. 74). Era riesgoso publicar un libro así en un momento en que parecía que la derecha estaba ganando poder en toda América Latina, con regímenes totalitarios en Brasil, Bolivia y Uruguay: ¿podía esta crítica a la izquierda darle argumentos a la derecha? La respuesta de Vargas Llosa es muy clara: “La sola existencia del libro formula una propuesta audaz: que la izquierda latinoamericana rompa el círculo del secreto, su clima confesional de verdades rituales y dogmas solapados, y coteje de manera civilizada las diferencias que alberga en su seno” (p. 75). La mejor manera de fortalecer al enemigo sería que el pensamiento de la izquierda se fosilizara.

El libro de Edwards habla sobre el clima de temor y represión en Cuba a principios de los setenta. (De hecho, algunos comentaristas han argumentado que fue la muy evidente participación de Edwards en la opinión disidente lo que ayudó a desencadenar la crisis que culminó en el caso Padilla.) Vargas Llosa ofrece razones para este estado de paranoia: el país atravesaba una severa crisis económica y era objeto del constante sabotaje de Estados Unidos, de modo que el “idealismo” y la “espontaneidad” tuvieron que cederle el paso al “realismo” y a la “organización burocrática”. Esta grave situación afectó a todos los sectores, pero como los amigos de Edwards eran escritores, él habla sobre la comunidad intelectual. El libro demuestra cómo los librepensadores se veían obligados a servir al Estado: “el funcionario pasó a sustituir al escritor como personaje principal de la vida literaria” (p. 76). Por supuesto, había importantes beneficios para los escritores que acataban la línea oficial: al igual que en Cuba, en su propio país, Perú, se usaban becas y otros tipos de reconocimiento para alentar a los escritores a que apoyaran las políticas estatales. Las voces disidentes eran acalladas con severidad, como ocurrió en el caso de Padilla. Vargas Llosa deploraba esta situación y esperaba que las libertades regresaran, ahora que las condiciones estaban menos influidas por una mentalidad de sitio. Vargas Llosa concluye su reseña con una confesión muy personal: que la revolución ha sido el acontecimiento político más significativo de su vida, la primera prueba tangible de que el socialismo es posible en América Latina. Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de



que si bien estos regímenes podían lograr la redistribución del ingreso, no podían garantizar la libertad intelectual. Con todo, este sistema le parecía el menor de los males: “Por eso, a pesar del horror biológico que me inspiran las sociedades policiales y el dogmatismo, los sistemas de verdad única, si debo elegir entre uno y otro, aprieto los dientes y sigo diciendo: ‘con el socialismo’. Pero lo hago ya sin la ilusión, la alegría y el optimismo con que durante los años la palabra socialismo se asociaba en mí, gracias exclusivamente a Cuba” (p. 77). Esta reseña constituye un claro ejemplo de lo que Paz quería decir con ganarse el derecho a criticar a Cuba, pero la crítica permaneció cautelosa, en especial porque la publicación de la revista coincidió con una ola de dictaduras militares en todo el Cono Sur. El golpe de Estado de 1964 en Brasil dio lugar a una dictadura más extrema entre 1968 y 1971. En Bolivia, el General Hugo Banzer gobernó con una severidad represiva entre 1971 y 1978. En Uruguay, el ejército derrocó a una de las democracias más estables de América Latina en 1973. Más tarde el mismo año, las fuerzas armadas bajo el mando del General Pinochet terminaron con el experimento chileno de cambio revolucionario democrático, que duró tres años. En Argentina, tras la muerte de Perón en 1974, el país se dividió en algo cercano a una guerra civil, una violencia que se extendió y sistematizó cuando los militares tomaron el poder en 1976. De todos estos acontecimientos, el que más atención recibió en *Plural* fue el golpe de Estado en Chile.

Plural concentró su atención en Chile una vez pasado el golpe. Octavio Paz escribió un artículo publicado en la sección “Letras, letrillas, letrones” de *Plural* 25 (octubre de 1974). Lo envió desde Harvard y en una carta adjunta a Sakai y José de la Colina, fechada el 28 de septiembre de 1973, expresó que no podía escribir una nota breve e impersonal, pues “Chile es un problema que me afecta y me causa dolor... Pero me gustaría aclarar que ésta es mi opinión, no una posición editorial (la única opción de *Plural* es la pluralidad de opinión que busca expresar)” (Paz a Sakai y de la Colina, Cambridge, Mass., 28 de septiembre de 1973).

El artículo de Paz comienza con un memorable párrafo en el que expresa su indignación ante el curso que han tomado los acontecimientos en América Latina y en la arena internacional. Brasil, Bolivia, Uruguay y ahora Chile han sufrido golpes militares. En una línea digna de la mejor tradición de la literatura de protesta latinoamericana —y, aunque Paz tal vez no aceptara la comparación, con claros ecos de Neruda en su tono más acusador, en su poesía de la guerra civil española y en partes del *Canto General*—, Paz señala: “El continente se vuelve irrespirable. Sombras sobre las sombras, sangre sobre la sangre,

cadáveres sobre cadáveres: la América Latina se convierte en un enorme y bárbaro monumento hecho de las ruinas de las ideas y de los huesos de las víctimas. Espectáculo grotesco y feroz: en la cumbre del monumento un tribunal de pigmeos uniformados y condecorados gesticula, delibera, legisla, exco-mulga y fusila a los incrédulos”. El horror grotesco permea todo el horizonte internacional: “Mientras Nixon se lava las manos sucias de Watergate en el lavamanos ensangrentado que le tiende Kissinger, mientras Brezhnev inaugura nuevos hospitales psiquiátricos para disidentes incurables, mientras Chou En Lai agasaja a Pompidou en Pequín y alerta a los europeos occidentales sobre ‘el peligro ruso’ —los generalitos latinoamericanos hacen otra de las suyas”. Hay una larga lista de “democracias destruidas”: Grecia, Checoslovaquia, Uruguay, Chile. En Praga, tanques rusos, en Santiago, generales armados y entrenados por el Pentágono: unos actuando en

nombre del marxismo, los otros en nombre del antimarxismo. En toda la revista, ésta es la condena más explícita de Paz en contra del imperialismo estadounidense y su complicidad con los regímenes de derecha en América Latina.

Luego de su invectiva poética, Paz advierte que la protesta no basta, que debe ir acompañada por un análisis de lo que ve no sólo como una gran tragedia, sino también como una gran derrota. A decir de Paz, la izquierda enfrenta a enemigos formidables: el imperialismo estadounidense, los intereses oligárquicos, el ejército y los antiguos partidos conservadores. Pero también debe afrontar sus propias divisiones internas, la relativa debilidad de sus fuerzas y “la naturaleza geométrica y absoluta de sus programas”. El radicalismo de grupos “extremistas”, como el MIR en Chile, también obstaculizaban el camino al socialismo. Paz se negaba a ver la caída de Allende como la derrota definitiva de cualquier vía democrática hacia el socialismo. En realidad, argumenta Paz junto con el corresponsal de *Le Monde*, Maurice Duverger, a quien cita, las políticas de Unidad Popular deberían haber sido menos, y no más radicales, deberían haber tratado de incluir a los sectores de clase media, en lugar de alienarlos. El experimento planteó la cuestión de si el socialismo podía establecerse en un país subdesarrollado y dependiente, una posibilidad que Marx y Engels habrían rechazado. Éste es un punto a favor de Paz, pues durante todo este periodo se refirió a sí mismo como socialista, a pesar de que sus detractores siempre trataron de ubicarlo en el campo opuesto. Por extensión, ¿era posible alguna forma de socialismo democrático en México? Y de ser así, ¿por qué medios? Paz también intentó hacer un primer análisis del régimen chileno dentro del contexto latinoamericano más amplio: “Extraño



John King

triángulo: frente al régimen militar chileno, el brasileño; ante ellos, la ambigüedad extraordinaria del peronismo. El fracaso de las ideologías políticas tradicionales [...] es la causa inmediata de la aparición de todos esos regímenes *bizarros*, en el sentido que daba Baudelaire a esa palabra: singularidad del horror” (p. 50). Según Paz, algunas causas más lejanas se remontan a la tradición del *caudillismo* tras el periodo de la Independencia. El artículo concluye con una exhortación a buscar soluciones políticas adecuadas para América Latina y pide que *Plural* sirva como un foro para estos debates. Paz no ofrece prescripciones para el futuro, sino más bien invita a la discusión.

El mismo número de la revista incluye otros tres artículos cortos sobre Chile. José de la Colina, entonces director editorial, continúa en el mismo tono de indignación. Hay una nota sobre el funeral de Pablo Neruda que comenta un artículo de *Le Monde*. En ella se dice que el funeral de Neruda, el 25 de septiembre, fue la primera manifestación pública de resistencia en Chile. Desde el cortejo funerario se escuchaban gritos de “Compañero Pablo Neruda, presente” y “Compañero Salvador Allende, presente”, y la “Internacional” se cantó a pesar de la abrumadora presencia del ejército con sus tanques y metralletas. En contraste, el “Manual del Distráido” de Alejandro Rossi advierte en tono irónico sobre reducir la experiencia chilena a un acto de adulación y nos recuerda que las lecciones de dicha experiencia están lejos de ser claras pues, en efecto, la economía chilena había estado en ruinas y el gobierno en caos. Aquí Rossi, en lo que se convertiría en una columna regular, eligió cuestionar a la más sagrada de las vacas sagradas.

En *Plural* no se dio el debate sobre Chile al que Paz había invitado, pero sí hubo referencias recurrentes al golpe. Dos números después, Paz comentaría las reacciones al golpe del corresponsal en Italia de *Le Monde*. En lugar de afirmar que Allende debía haber armado al pueblo, el columnista Jacques Nabecourt apunta que el Partido Comunista Italiano había realizado un análisis completamente distinto: para emprender el camino hacia el socialismo, era necesario incluir no sólo a los socialistas y grupos de izquierda, sino también a las clases medias y a los demócrata-cristianos. Evidentemente, Paz estaba de acuerdo con este análisis político claro y realista. Le atraía el pensamiento independiente —ya fuera la naturaleza más abierta del pensamiento político italiano o el MAS venezolano— en un momento en que Brezhnev censuraba a los partidos comunistas de Europa Occidental y América Latina por sus desviaciones.

La revista también seguiría los acontecimientos en Uruguay y Argentina. En marzo de 1974, un año después del golpe de Estado uruguayo, *Plural* apuntó que cinco escritores, entre ellos Juan Carlos Onetti, habían sido encarcelados y que la revista

cultural *Marcha* se seguía publicando bajo circunstancias muy mermadas. Un par de años más tarde, en un análisis exhaustivo de la censura cultural en Uruguay, *Plural* reportó que *Marcha* se había visto obligada a cerrar en noviembre de 1974 y que su editor, Carlos Quijano, se había exiliado en México. Un exiliado de *Marcha* por persecución militar fue el crítico Ángel Rama, quien colaboró con *Plural* en varias ocasiones.

En términos de afinidades literarias, el país latinoamericano más cercano a *Plural* era Argentina. Sin embargo, los acontecimientos políticos en este país —el colapso del régimen militar, el regreso de Perón en 1973, luego de dieciocho años en el exilio, el breve gobierno de Perón y, tras su muerte, la presidencia de Isabel Perón y su siniestro secuaz López Rega, la espiral de violencia entre los grupos de la muerte de derecha y los grupos de guerrilla— dejaron a Paz y a otros intelectuales cada vez más desconcertados y alarmados. En una carta a su

editor en Sudamericana, Enrique Pezzoni, en julio de 1973 (justo tras el regreso de Perón a Argentina), Paz se pregunta cómo es que los argentinos siguen creyendo en Perón y, lo más desconcertante, cómo algunos intelectuales que habían sido críticos de Perón ahora lo descubrían como poseedor de virtudes revolucionarias. Esto no quiere decir que Paz le dedicara tiempo a la oligarquía o el ejército en Argentina. En particular, le alarmaba la existencia de un grupo de terror trotskista: “Trotsky siempre criticó el terrorismo —que era muy diferente del terror revolucionario— y se hubiera escandalizado ante esta resurrección del blanquismo en América Latina. El arquetipo guevarista se está expandiendo: una revolución proletaria sin el proletariado” (Paz a Enrique Pezzoni,

10 de julio de 1973 [núm. 106/73]).

Argentina parecía estar cumpliendo los peores temores de Paz. En la revista aparecieron comentarios sobre lo que parecía ser una precipitación hacia la violencia. El número 13, de octubre de 1972, incluyó una reseña del asesinato de dieciséis guerrilleros a manos del ejército en Trelew, en agosto de 1972, tras una fuga masiva de la prisión de Rawson. También señalaba que, bajo la breve presidencia de Perón, hubo un incremento en “la represión intelectual y la violencia política” en Argentina que incluyó la confiscación de novelas de escritores homosexuales a manos de la policía (la librería fue acusada de “mariconazos”). La muerte de Perón trajo una espiral de violencia y, en octubre de 1975, la revista publicó una entrevista larga y muy lúcida con el crítico H. Alsina Thevenet sobre la crisis argentina, con detalles de muchos escritores y artistas perseguidos y exiliados por escuadrones de la muerte como la AAA (Alianza Anticomunista Argentina) (“La crisis argentina”, *Plural* 49, octubre de 1975). *Plural* sufrió su propia



censura cuando surgieron detalles sobre el golpe militar en Argentina a finales de marzo de 1976: pasó algún tiempo antes de que hubiera noticias concretas sobre la extensa represión del golpe, y para entonces (julio de 1976) apareció el último número del *Plural* de Paz.

¿Y qué pasaba con los acontecimientos al norte de la frontera mexicana? En el último número de *Plural* bajo su dirección, Paz publicó el único artículo importante de su estancia en Estados Unidos entre 1971 y 1976. El artículo se llamaba “El espejo indiscreto” y su publicación coincidió con el 200 aniversario de la Independencia estadounidense. En su escrito, Paz habla de la sombra de un gigante que cubre todo el continente, un gigante que puede ser tanto generoso como sanguinario. Para un mexicano, viajar a Estados Unidos es aventurarse en el castillo del gigante y “atravesar sus aposentos llenos de horrores y maravillas. Pero hay una diferencia: el castillo es sorprendente porque es arcaico; Estados Unidos nos sorprende por su novedad. Nuestro presente siempre está un poco detrás de nuestro verdadero presente, mientras que su presente siempre está un poco delante. Su presente ya tiene inscrito el futuro, mientras que nuestro presente aún está atado al pasado”. Estados Unidos es deseo y amenaza a la vez: el deseo de emular los principios modernos y democráticos de ese país, y la amenaza del imperialismo. El ensayo se estructura en torno a una comparación entre Estados Unidos y México. En él, Paz reitera su ya antigua opinión de que las diferencias derivan de que Estados Unidos está marcado por la Reforma y México por la Contrarreforma. Si bien gran parte del artículo ofrece una visión general de doscientos años de historia comparada, hay algunos comentarios sobre temas contemporáneos en Estados Unidos, como la pérdida de confianza en sus objetivos y métodos, el crecimiento de la desigualdad en los ingresos y los efectos desastrosos del sistema económico estadounidense en el Tercer Mundo, el crecimiento de una burocracia política y sus métodos de vigilancia, y las fluctuaciones entre el aislacionismo y el intervencionismo en el ámbito internacional.

Si bien Paz siguió aportando regularmente comentarios sobre asuntos internacionales a la sección de “Letras, letrillas, letrones”, es justo decir que en los cinco años de 1971 a 1976 su atención estaba más centrada en los acontecimientos en la Unión Soviética, y no tanto en el país donde vivió por largos periodos de tiempo. Su estadía en Estados Unidos y su visibilidad como poeta y crítico de renombre internacional le permitieron estar en contacto con las figuras más importantes de la intelectualidad liberal estadounidense. La mayoría de los artículos sobre asuntos internacionales en *Plural* salían de



estos grupos liberales y sus publicaciones en diferentes revistas de la Costa Este. Ésta no había sido la intención original de Paz cuando le escribió a Segovia el 4 de junio de 1972, luego de residir en Massachusetts unos siete meses. En esta carta, aún se muestra preocupado por lo difícil que resulta encontrar artículos de crítica buenos, o al menos decorosos, sobre asuntos contemporáneos mexicanos, latinoamericanos o internacionales: “Creo que *por ahora* tendremos que seguir reeditando artículos que aparezcan en revistas extranjeras, con la esperanza de que, algún día, quienes escriben en español decidan pensar por sí mismos y *decir* lo que piensan”. En el ínterin, mientras aparecían estos nuevos escritores —y habrían de surgir sólo de manera esporádica en los años de *Plural*—, Paz seguiría pidiendo permisos para reeditar artículos significativos sobre política y sociedad contemporáneas. “Cuando los publiquemos, no podremos impedir que la gente dentro y fuera diga que *Plural* es exquisito y esotérico—pero tendrán que morderse la lengua” (Paz a Segovia, Cambridge, Massachusetts, 4 de junio de 1972). Aquí, “dentro” posiblemente se refiere a la plantilla editorial de las oficinas de *Excelsior*. Más adelante en la carta, Paz se queja de que el periódico casi no habla sobre el número 7 de *Plural*. Otra de sus constantes preocupaciones era que no existía una política coordinada para distribuir *Plural* fuera de México (o incluso dentro del país). Al respecto, argumenta que la falta de interés de *Excelsior* les estaba costando entre seis y siete mil lectores en la América de habla española, y que también estaba distorsionando el objetivo original de *Plural*, que se había concebido desde un principio como una “revista latinoamericana”.

Unas semanas después de la carta, *Plural* publicó en su número 10 dos de los artículos mencionados por Paz, el texto sobre la política exterior de Nixon, de I. F. Stone (del *NYRB*), y “Why China turned West” de Jim Peck (publicado por primera vez en la revista *Ramparts*). Stone, periodista y crítico, era colaborador regular del *NYRB*, y *Plural* publicaría varios de sus artículos, en particular sobre los abusos en la Unión Soviética. Paz también podía encontrar colaboradores eminentes en el Faculty Club de Harvard o en cenas privadas con miembros de la universidad. A mediados de noviembre de 1971, durante una cena, Paz se acercó a John K. Galbraith, economista de renombre internacional, quien acordó ofrecerle los derechos en español de su artículo más reciente (y de su debate al respecto con Mendes France y Roger Garaudy) sobre “la crisis de las sociedades industriales”. Esta intervención se publicó en forma de suplemento especial en el número 4 de *Plural*, en enero de 1972. El número 18, de marzo de 1973, también incluye un texto de Galbraith, una conferencia sobre

John King

“los economistas y el poder” dictada cuando era presidente de la American Society of Economists. Por supuesto, Galbraith podía considerarse emblemático del tipo de figura política con que la revista se sentía a gusto: un hombre cercano a los Kennedy durante toda su administración y que representaba un evidente credo liberal. *Plural* también publicó la conferencia “Interpret/Change the World” de Noam Chomsky, dictada en el marco de la Bertrand Russel Memorial Lecture, en el número 3 de diciembre de 1971—Chomsky, por supuesto, estaba a unos pasos de Harvard, en el MIT—, y publicaría otro artículo del mismo autor en enero de 1975 (una entrevista publicada en *Black Robe*). En una evaluación posterior del trabajo de *Plural*, Gabriel Zaid apunta que leer un artículo interesante del extranjero y luego producir una traducción pirata, sin comunicarse con el autor o la revista que había publicado el artículo era una práctica común en México.

Para Zaid, esta conducta “implicaba que éramos invisibles respecto de los creadores extranjeros, incapaces de dialogar con los centros creativos. Recuerdo algunos comentarios extraños sobre colaboradores extranjeros que no entendí hasta que me di cuenta de que, para muchos, era inconcebible que Claude Lévi-Strauss o John Kenneth Galbraith fueran colaboradores de *Plural* (en lugar de eminencias lejanas que podían piratearse); resultaba inconcebible, por ejemplo, que Galbraith enviara un artículo con una nota manuscrita que dijera algo como: ‘Anda, Octavio. Págame un poco más.’”. Otro artículo largo que Paz envió con su carta del 4 de junio de 1972—y que *Plural* publicaría en sus números de abril y mayo de 1974—era obra del distinguido profesor de política y sociología en Harvard, Daniel Bell, quien recientemente había ganado reconocimiento por teorizar sobre (y acuñar la frase de) la “sociedad postindustrial”. Más adelante, Bell publicaría un artículo sobre el fin del excepcionalismo estadounidense en *Plural* 58, el último número bajo la dirección editorial de Paz. Así pues, las noticias al norte de la frontera tienden a consistir de artículos importantes escritos por intelectuales eminentes de la Costa Este y de fragmentos en “Letras, letrillas, letrones”.

Algo que surge consistentemente en la revista es lo que Paz denominaba la “cuestión central” de nuestra época: “¿Cuál es la verdadera naturaleza histórica del régimen que en Rusia y otros países ha usurpado el nombre de socialismo?” Esta preocupación central se ve reflejada en la publicación de varios artículos sobre abusos en la Unión Soviética, a menudo de escritores disidentes. También hay exploraciones del maoísmo y ensayos más generales sobre las vicisitudes del pensamiento marxista. Ya discutimos el análisis de Paz sobre

Solzhenitsin y el Gulag (es muy posible que este número se produjera en reacción a la noticia de que Solzhenitsin había sido deportado de la URSS a principios de febrero de 1974). El mismo número—el número 30, marzo de 1974—contiene un artículo de Roy Medvedev, “Sobre el Gulag”, el cual ofrece una relación crítica sobre Solzhenitsin, que concuerda con él en varios puntos sobre el Gulag, pero argumenta que los errores de Lenin no invalidan todo el proyecto bolchevique. Un artículo de Irving Howe, editor de la revista *Dissent*, explora si el crítico marxista húngaro, Lukács, tenía razón al describir a Solzhenitsin como un verdadero “escritor realista social”. Para Howe y Paz, el realismo socialista era un vástago dogmático y burocrático del estalinismo, mientras que Solzhenitsin pertenecía más bien a la tradición eslava/cristiana de un Tolstoi o un Dostoievski. Otro escritor ruso que Paz ubicaba ideológicamente a medio camino entre Solzhenitsin

y Medvedev era el matemático y físico liberal André Sajárov, tema de un artículo de I. F. Stone en *Plural* 26 (noviembre de 1973). En este artículo, Stone apunta que, al afrontar la desaceleración económica de la Unión Soviética respecto de Estados Unidos, Sajárov argumentó la necesidad de distensión y democratización en tres memoranda “abiertos” que escribió en 1968, 1970 y 1971. Pero contrario a sus esperanzas, la aparente distensión entre Nixon y Brezhnev no estaba conduciendo a la democratización y liberalización, sino hacia la extensión de las viejas prácticas de burocratización de las prácticas de trabajo y a la supresión de los disidentes. Dos años más tarde, cuando Sajárov ganó el Premio Nobel

de la Paz, *Plural* publicó su discurso de aceptación, en el cual declaró que amaba a su país, pero que se sentía obligado a señalar sus rasgos negativos: “Esto es muy importante para las relaciones internacionales y para la comprensión dentro del país, pues la crítica se ve acallada por la propaganda soviética o rusófila”. El mismo número de *Plural*, el 26, incluye una entrevista con Solzhenitsin—originalmente publicada en *Le Monde*—, en la cual el escritor denuncia los intentos del Estado por intimidarlo. Esto ocurrió cuando algunos fragmentos del *Archipiélago Gulag* empezaron a aparecer en francés, luego de haber sido prohibidos en la Unión Soviética. La autobiografía de Nadezhda Mandelstam, viuda del poeta Osip Mandelstam, quien murió en el Gulag en 1938, se publicó en dos partes en 1970 y 1974. *Plural* publicó un fragmento en julio de 1972, el cual trata sobre el encarcelamiento y muerte de su esposo en el Gulag. La autora habla de cómo preservó e hizo circular la obra de su esposo, pero señala que ahora el Estado ruso estaba tratando de recuperar y hacerse cargo de



sus publicaciones, reclamando todos los derechos de la obra de Mandelstam. El número 13 sobre “escritores y política” (octubre de 1972) incluyó un poema de Mandelstam contra Stalin, así como una reseña posterior de su poema *Sin esperanza*, escrita por el poeta Joseph Brodsky.

El número 10, que contiene el “testamento” de Mandelstam, también incluye la cobertura más completa sobre política china que ofrecería la revista: un artículo de Stone sobre la política exterior de Nixon respecto de la Unión Soviética y China, y un extenso artículo de Jim Peck sobre por qué China se estaba abriendo a Occidente (*Plural* 10, julio de 1972). Más adelante, Etienne enviaría un artículo, “Maoísmo o neo-confucionismo”, que se publicó en el número 29 (febrero de 1974). Etienne argumenta que Mao debería estudiarse dentro de la tradición de los emperadores chinos, en especial Ts’ing Che Huang-Li, quien en 221 a. C. reunificó y centralizó el territorio de China, y que Mao resultaba tan inaccesible como esos monarcas en su magnánima y remota exhortación a la virtud.

Plural también publicó la obra de antiguos críticos marxistas disidentes sobre temas de teoría política. Destacan dos figuras importantes: Kostas Papaioannou, un filósofo que se hizo amigo de Paz en París en los años cuarenta, y Leszek Kolakowski, un disidente polaco que se vio obligado a exiliarse en el Reino Unido en 1968, y que también ofreció una serie de opiniones heterodoxas. Fueron estos escritores quienes le dieron a Paz y a *Plural* la justificación teórica para reevaluar el marxismo como proyecto político, aunque gran parte de la cobertura, como ya vimos, era denunciatoria.

Así pues, el análisis político en *Plural* fue consistente en varios temas nacionales e internacionales. En México, el prisma a través del cual se leía la situación política era el PRI y el poder del presidente. Los acontecimientos en América Latina y el resto del mundo se veían a través del prisma del “totalitarismo” soviético y la necesidad de explorar los abusos del sistema soviético. Esto no constituye una posición maniquea como la de la Guerra Fría: no existe una alineación fácil con las políticas económicas o políticas de Estados Unidos, pues éstas también son criticadas, aunque de manera menos sistemática que las de la Unión Soviética. De igual forma, en México no existía una postura clara alternativa al PRI; más bien lo que había era una constante reiteración de la necesidad de efectuar reformas democráticas y reducir el poder del presidente y su corte. Lo consistente era un argumento tácito de que México podía progresar sin la necesidad de mantener la retórica del nacionalismo revolucionario. Lo que *Plural* argumentaba era que dicho nacionalismo y los sistemas políticos que lo apoyaban estaban entrando en un periodo de declive; la legitimidad de la URSS estaba en decadencia; el argumento ideológico de que el comunismo a cargo del Estado era la única panacea era insostenible; el Gulag era algo real; Castro era un tirano; las dictaduras en América Latina debían derrocar mediante alguna alternativa democrática; el diálogo con Estados Unidos podía mantenerse

sin culpa política o sentimientos de insuficiencia; la izquierda había perdido la sutileza de su pensamiento.

En general, la crítica política en *Plural* no tuvo sus bases en la academia. Se fundó en ensayos, en notas en “Letras, letrillas, letrones”, y obtuvo su coherencia de la energía y pasión de la visión de Paz y de los ensayos de Cosío Villegas y Zaid, entre otros. Se trató de una perspectiva que podía entrar en debate tanto con la defensa de Carlos Fuentes de un sistema político encabezado por el Estado que, con todas sus fallas, le había garantizado a México cierto grado de estabilidad, mientras que a su alrededor los regímenes democráticos estaban cayendo víctimas de dictaduras militares, como con la devastadora crítica de Zaid contra el poder presidencial. Por supuesto, *Plural* nunca se vio como una revista política *per se*. El término “crítica” comprendía toda una gama de temas, desde el Gulag hasta el arte contemporáneo. De hecho, algunos de los autores más citados por Paz, como Fourier, imaginaban un futuro político profundamente imbuido en una visión utópica, “poética”. *Plural* buscaba explorar las formas en que la política y el arte podían unirse. —

Traducción de Mariana Santeoña

©John King

Capítulo de *The Role of Mexico's Plural in Latin American Literary and Political Culture*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

Instrumenta Oaxaca, el Consejo Nacional para las Cultura y las Artes y el Gobierno del Estado de Oaxaca presentan:

Instrumenta Verano 2008
Intercambio académico - artístico musical del 26 de julio al 9 de agosto
Fecha límite de inscripción: 9 de mayo, 2008

Instrumenta Contemporánea
Academia para jóvenes compositores latinoamericanos y Festival de Música Contemporánea del 26 de septiembre al 4 de octubre

- Clases magistrales
- Tutorías
- Cursos
- Talleres
- Música de Cámara
- Conferencias
- Conciertos
- Composición acústica y electroacústica
- Tutorías individuales
- Conferencias y mesas redondas
- Conciertos
- Más de 25 estrenos
- Tribuna libre de compositores
- Mesas de análisis

Consulta las bases e inscripciones en nuestra página www.instrumenta.org

Es un programa permanente de desarrollo musical que comprende la educación, creación, difusión y la investigación de la música. A través de estos cuatro campos se busca crear nuevo público, la promoción de talentos y la divulgación de la música.